

JUEGO DE TRONOS

Todos escuchamos alguna vez (incluso varias veces al día): «Como lo que se hacía en mis tiempos nada», «esto comparado con lo que me gusta a mí...», «Bah, no es para tanto; a mí sí que me ocurren cosas dignas de contar en un libro».

Recuerdo que Robert Graves en el *Yo, Claudio* desnudaba estos tópicos en el *domus* de la casa Julia, donde se suceden unas conversaciones más triviales que otras y la acción se traslada hacia el esclavo que anuncia con voz de trueno la asistencia de un filósofo griego. El griego queda extasiado por la estentórea voz del esclavo y se admira así: «¡Qué voz! ¡Solo los romanos podrían permitirse tener un esclavo con la voz de un dios!», y el tipo responde: «Reconozco que he hecho mucho teatro, incluso en Mégara y Eleusis, pero también te digo que el teatro de hoy ya no es lo que era». Y el otro sonríe y responde: «Pues yo iría aún más lejos: el teatro, amigo actor, nunca fue lo que era».

No ha cambiado mucho el ego humano desde el siglo I d.C. hasta nuestros días. Cuando *Juego de Tronos* saltó a la palestra como un acontecimiento sociológico de índole mundial, también se activó un mecanismo crítico de personas incapaces de valorar lo que estaba haciendo Martin. Incluso se recurrió a Tolkien para ningunear la obra de Martin: como si tuvieran algo que ver. Estas críticas denunciaban la dependencia de Martin con la obra de Tolkien, su deuda con él (pues la que tendrían Tolkien, Borges y Cortázar con Lovecraft, Saki o Ambrose Bierce no quiero ni pensarlo) y su crudeza vituperable, su realismo extremo, su sexualidad explícita, etc.

No creo que ninguno de estos críticos haya leído a Tolkien: al menos no como hay que leerlo. Según las apreciaciones gloriosas de Guy de Maupassant:

«Las actitudes que podemos encontrar en el lector adolescente y adulto oscilan entre estos tipos: “Reconfórtame”, “diviérteme”, “hazme soñar”, “hazme reír”, “hazme temblar”, “hazme llorar”, “hazme pensar”; solo unos pocos espíritus selectos le dicen al artista: dame algo bueno en la forma que más te plazca de acuerdo con tu propio temperamento». Maupassant debió motivar de esta forma el horror de toda escuela vendedora de criterio.

A pesar de haber leído unas cuantas veces a Tolkien, creo que cabe dudar si el hecho de que Martin sea un autor contemporáneo, escriba sobre fantasía heroica y sea tan (aparentemente) realista lo sitúa por debajo de Tolkien. Es cierto que es reiterativo, y quién no lo es cuando lleva escritas más de cuatro mil páginas sobre un mismo tema y sigue manteniendo el interés en sus páginas (¿no se repiten Robert Musil, Phillip Roth y Thomas Mann?, a lo mejor hay que hacer el esfuerzo de leerlos para darse cuenta de que esa reiteración no desmerece en nada sus obras, más bien es una impronta de autor), pero yo creo que en algunos aspectos Martin ha dejado atrás a Tolkien: aunque esté vivo, aunque esté narrando sobre la Guerra de las dos Rosas, las

invasiones bárbaras (Khal Drogo es una fantástica imagen de Bleda o Atila) de Roma y sí, homenajes evidentes a Tolkien con sus espectros y sus Samwell Tarlies, pero... ¿no hay también un cachondeo sugerido, muy al estilo Flaubert, de que la estupidez será la única constante universal con la que el ser humano se encontrará siempre? Martin es, como Tolkien, un niño con un poder imaginativo que quiebra la realidad de su propia narración y nos devuelve con un estallido lumínico una realidad reformada más profusa, poética o cruel.

Su realismo descarnado no me parece tan unidimensional ni tan evidente: Martin juega con una ambigüedad inquietante en sus personajes, que un día son auténticos carniceros y al siguiente te sorprenden comportándose con honor o viven para el honor y en el momento decisivo enloquecen evidenciando la estrechez entre la iconodula de la idea rígida y la iconoclastia del rebelde o la rebelde. También está esa rasgadura del velo que oculta la auténtica naturaleza del poder, alimentarse a sí mismo aun destruyendo a los que lo sirven; la visión amable que ineluctablemente ofrecen los que están en el poder (del conservadurismo y legitimismo de Tolkien se podría hablar horas: sus razas arias, el sometimiento gustoso de las clases bajas, la pureza, valor y honor de sus reyes que luchan junto a sus súbditos, el patriarcalismo inexorable que afecta por igual a pueblos libres y tribus vasallas, todo un mundo fantástico concebido para legitimar un orden, en suma) y el cinismo que queda al descubierto con cada paso que dan. Y queda al descubierto porque también se narra la historia desde el punto de vista de los desposeídos, de los que deben sonreír con buena cara mientras comparten a su hija virgen por el derecho de pernada, pero interiormente ya están articulando la venganza más salvaje que se pueda concebir.

Qué colosal, emotiva y punzante es esta saga literaria, qué poquito hay de Tolkien (la ingenuidad infantil necesaria para crear algo inmortal) a pesar de los esfuerzos de los *freaks* de los setenta/ochenta que consideran que lo *freak* de entonces es mejor que lo *freak* de ahora, por compararlas. Podemos encontrarnos personajes o bufones que nos sugieren las andanzas de los hijos del rey Lear, justas admirables convenientemente satirizadas y desmitificadas con un cierto cariño que demuestra un respeto por la obra de sir Walter Scott, o batallas muy al estilo de *La flecha negra* (su peor libro, sin duda) de R.L. Stevenson.

Lo que para mí hace de Martin el hombre más leído (y esperado) de este momento, a pesar de que siempre tendemos a pensar que lo más vendido es lo execrable (y no faltan ejemplos nobles, como *El código Da Vinci* o *Los pilares de la tierra*), es una maestría casi hitchkotiana para generar larguísimos suspenses que como un gran orgasmo contenido no acaban de explotar.

Los reserva para la última serie, claro, pero puede permitirse jugar de esta manera con el lector, porque lo que ha escrito, como dice Álex de la Iglesia en uno de sus libros prologados por él, nos acompañará siempre. Uno se estremece con estos libros, lo pasa mal, se imbuye de avatares caballerescos y olvida las palabras clave *Valar morghulis* (todos los hombres mueren) identificándose con sus personajes que se creen eternos, para recordar, cada vez que te vuelve a llevar al Muro, que hay otros peligros que acechan y son tanto o más reales que la pueril lucha por el poder.

¿Quiénes son los Otros, ese pueblo incomprendido al que se le presta menos atención que a los egos internos? ¿Los complejos autónomos junguianos sueltos y libres? ¿Las sombras disociadas que toda mente humana cultiva cuando en lugar de asumir sus complejos los ignora? Dentro o fuera del Muro los monstruos crecen, si no se les alimenta comen por sí mismos y atraen muchos adeptos a sus filas, porque la oscuridad, claro que sí, es una forma de vida. Tan adictivo como sorprendente, tan televisivo como literario, tan admirado como ninguneado, George R.R. Martin sigue pegado a su ordenador pergeñando...

Rubén Muñoz Herranz